

(297-301) dedicadas a mostrar cómo Jesús practicó y vivió cada una de las Bienaventuranzas en concreto.

En el apartado siguiente se considera a la "Virgen, primera Bienaventurada". Tras exponer la significación de la figura de María en la historia de la salvación, perfila el retrato de Nuestra Señora a partir de las siete palabras o intervenciones que de ella nos transmiten los Evangelios, y concluye aplicando a la Virgen los trazos de cada una de las Bienaventuranzas, "ya que Ella encarnó todas, consiguiendo de este modo la mayor semejanza con su Hijo, haciéndose camino, el más directo, para ir al único Camino (Jn 14,6)" (p. 323).

Finalmente, muestra el autor cómo las Bienaventuranzas representan la "síntesis armónica del carácter paradójico de la vida cristiana": totalidad en la debilidad (Dios hecho hombre), desarrollo de las propias cualidades y sacrificio de las mismas, vida en el mundo y huida de él, contemplación y acción, propio valor y humildad. Termina el libro con una aplicación de las Bienaventuranzas a la vida del cristiano en el mundo, siguiendo de cerca las orientaciones del Conc. Vaticano II y proponiendo puntos concretos que marcan el camino para vivir hoy según el espíritu de las Bienaventuranzas.

Por la descripción que acabamos de hacer puede apreciarse que el libro cumple el objetivo propuesto: contribuir a desarrollar "la espiritualidad evangélica" centrándola en la vivencia de las Bienaventuranzas. A este servicio se ha puesto la ciencia del profesor y su solicitud y experiencia apostólica. El lector encontrará en el libro tema abundante para su meditación y oración personales; el sacerdote, también para su predicación. Un buen índice temático y una mayor abundancia de títulos, indicando el contenido y progreso temático de los diversos párrafos hubiera mejorado la presentación de esta obra.

GONZALO ARANDA

Bruno de SOLAGES, *Cristo ha resucitado. La resurrección según el Nuevo Testamento*, Barcelona, Ed. Herder ("El misterio cristiano", 17), 1979, 214 pp., 14 × 22.

Sin duda que, como dice el A., "la resurrección ocupa un lugar fundamental en la fe cristiana". De ahí el interés de este libro en el que se aborda el tema desde diversos puntos de vista. Después de resumir las dificultades y objeciones, pasa el A. a exponer una serie de respuestas fundamentadas en los textos neotestamentarios. La primera parte, "La creencia en la resurrección: doctrina de los Apóstoles", estudia la naturaleza de la vida resucitada, la primera predicación de los Apóstoles, la resurrección de Cristo y la nuestra, el lenguaje de la resurrección y la parusía. En la segunda parte trata de "La realidad de las

apariciones: testimonios y relatos". Estudia aquí el testimonio de S. Pablo, los relatos evangélicos y su carácter respectivo, las relaciones entre los relatos evangélicos, los problemas suscitados por estos relatos, la concordancia entre ellos y, finalmente, su historicidad. Termina el libro con dos anexos, uno dedicado a la exaltación y la resurrección, y el otro a la duda evocada por Mt 28,17.

Considera el A., ya desde el principio, que los actuales contradictores a la resurrección no hacen otra cosa que repetir las dificultades que ya se habían formulado "en los albores del cristianismo" (p. 10). Más adelante, insiste en que "han proliferado las objeciones, renaciendo sin cesar bajo formas generalmente menos originales de lo que sus defensores imaginaban. Este fenómeno se produce también entre nuestros contemporáneos" (p. 11). En el campo de la historicidad, señala a quienes han intentado asimilar el hecho de la resurrección de Cristo a alguno de los mitos antiguos del dios muerto y resucitado, tan frecuente en los pueblos del oriente antiguo. "Sin embargo, cuando quiere formalizarse este paralelismo, emergen rápidamente las diferencias" (p. 13). Son meras coincidencias cuya influencia sobre la fe cristiana jamás se ha podido demostrar. En cuanto a las dificultades de índole filosófico, afirma el A. que siempre provienen de una postura racionalista que niega por principio lo sobrenatural. "Ha dado nuevo vigor a esta postura el postulado científico relativo al determinismo absoluto de la naturaleza. Variaría radicalmente el planteamiento si nos situásemos en la perspectiva de un universo en el que se hallase integrado el espíritu, con lo que la física estudiaría sólo un aspecto" (p. 23).

Otro punto de partida que no se puede olvidar en esta cuestión es que se trata de una cuestión de fe, fundamentalmente. Es lo que, en definitiva, los diferentes textos estudiados nos vienen a decir. Ante la pregunta de cómo puede ser posible la resurrección, la respuesta es siempre la misma: "por el poder de Dios (poder casi creador). Cristo (Mc 12,24) apela a este poder en su contestación a los saduceos sobre el tema de la resurrección: "¿No estáis en el error precisamente por desconocer las Escrituras y el poder de Dios?" (p. 47). La naturaleza, en sí, de la resurrección, tanto la de Jesucristo como la nuestra, es algo que escapa a las categorías físicas y naturales que rigen nuestra vida. "Cierto que querríamos adentrarnos más en el conocimiento, pero ¿cómo explicar una transformación cuyo punto de partida (nuestra vida corporal de aquí abajo) nos es conocido, pero cuyo punto de llegada permanece siendo misterioso como todo lo que hace referencia a la vida divina; misterio por excelencia, 'incomprensible e indecible'?" (p. 49). Cita aquí el A. al IV Concilio de Letrán, situando, de esta forma, la cuestión en un plano de fe que es imprescindible para entender y aceptar la resurrección. Al final, como conclusión, vuelve a repetir la misma idea de que "es imposible, en efecto, reconocer el carácter histórico de estos testimonios acerca de las apariciones de Cristo resucitado y rehusar, al mismo tiempo, creer en el testimonio

que ellos afirman. Se plantea aquí una cuestión de coherencia de vida interior. A su vez, si se rechaza creer en la resurrección de Cristo, se intentan encontrar motivos para rechazar estos testimonios como históricos, aun cuando estos motivos parezcan, con frecuencia, simples escapatorias" (p. 205).

Esta realidad no excluye, sin embargo, el estudio de los testimonios que avalan la historicidad de un hecho tan decisivo como la resurrección de Cristo. Pero de ninguna manera la demostración de ese importante acontecimiento podrá ser causa de la fe, "que supera el método histórico al igual que la resurrección trasciende la historia. Volvemos a encontrar aquí los caracteres del acto de fe: acto razonable, porque no carece de motivos, pero acto libre, que no puede ser realizado, sin embargo, sin ayuda de la gracia divina, pues se trata de subir al mismo plano de Dios" (p. 206).

El A. se adentra con decisión en los diversos textos que en el Nuevo Testamento aluden a este tema, pues considera que "el testimonio de los apóstoles constituye siempre el quicio del anuncio, de la proclamación, y de la enseñanza" (p. 53). Hay cinco puntos que, de una forma o de otra, se suelen encontrar en los diferentes pasajes que hablan de la resurrección de Cristo: 1) Jesús murió; 2) Jesús ha resucitado; 3) Jesús es glorificado; 4) los apóstoles son testigos de ello; 5) los profetas lo habían anunciado. Aduce el A. numerosos textos en los que va señalando esos diversos puntos que, de una forma o de otra, todos juntos o por separado, se van dando en ellos. Son unos datos que avalan unos hechos en los que se apoya una doctrina (cfr. p. 116). Es cierto que los términos que se utilizan en los relatos de la resurrección, sobre todo cuando se la relaciona con la parusía, tienen en ocasiones un fuerte sabor apocalíptico, que en muchos casos es claramente simbólico. Entonces se impone una cierta interpretación, que algunos llaman "desmitologización" y que, dice el A., "no es un invento de Bultmann" (p. 108). "Desde fines del siglo XVIII existía en Alemania una 'escuela del mito' que quería 'desmitologizar' el cristianismo. Bultmann se ha limitado a orquestar esta idea que contaba ya con dos siglos de existencia" (p. 109). Cita a Henri de Lubac que en su *Exégèse médiévale* observa, con cierta ironía, que "cuando Rudolf Bultmann nos propone, como un artículo de su amplio programa de 'desmitización' despojar la concepción espacial del mundo, que lo divide en tres estratos —o en cinco, o en ocho—, nos sentimos tentados de responderle: hace ya mucho tiempo que se realizó esta tarea. No era necesario invocar el 'pensamiento moderno' ni 'las conquistas de la ciencia'" (p. 109).

A través del estudio de los testimonios evangélicos y paulinos es cierto que se ponen de manifiesto una serie de detalles que no coinciden entre sí, unas diferencias que, para algunos, pueden ser indicio de poca fidelidad histórica. Nuestro A., sin embargo, considera que son diferencias accidentales que, por el contrario, ratifican la independencia de

los testimonios: "existe una ley de crítica histórica que afirma que la divergencia de detalles no es motivo suficiente para impugnar el acuerdo en lo esencial..." (p. 123). Más adelante vuelve a insistir en que "no hay por qué extrañarse de que los evangelistas no hayan hecho una concatenación de los hechos que cuentan de manera incompleta, cada uno según la finalidad que persigue y de acuerdo con los datos de los que dispone. Se trata de testimonios ordenados en función de una finalidad. No son una historia de punta a cabo" (p. 187).

Tampoco considera serio hablar de alucinaciones en el caso de los Doce, o en el de Pablo (cfr. p. 171-172). Acusa a los autores de la hipercrítica de abusar de meras hipótesis que se consideran, sin más, como demostradas. "Este modo de proceder es empleado, en más de una ocasión, incluso por R. Bultmann. A veces, después de una serie de suposiciones, sin aportar de ordinario pruebas, dice: 'Posibilidades, ciertamente, pero que, a mi juicio, tienen valor de evidencia'. Con intención de volver a escribir la historia, se redacta, de hecho, una novela 'crítica' (p. 201). Más adelante el A. sigue considerando la poca seriedad de ciertos críticos que "se contentan simplemente con afirmar que el relato en cuestión tiene un carácter 'ideal' (forma púdica de insinuar que no es histórico)" (p. 202).

El A. se sitúa, por tanto, en una postura decidida en pro de la historicidad de los relatos sobre la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. A esto hay que añadir su claro juicio sobre las corrientes filosóficas de cuño racionalista que subyacen en quienes, de una forma u otra, ponen en tela de juicio el hecho de la resurrección o su verdadero significado teológico. Es cierto, sin embargo, que hay que reseñar algunos detalles que desdican un poco del conjunto del libro. Así, por ejemplo, resulta excesiva la transcripción completa de textos que podrían haber sido presentados con una simple referencia. También resulta un poco rápido y superficial al tratar de la cuestión sinóptica (cfr. p. 126), o se refiere a los vocablos originales de la resurrección y la parusía sin decir de qué vocablos se trata (cfr. p. 90-91). De todas formas son detalles nimios que no desvirtúan el contenido esencial de este estudio valioso y valiente, sobre la resurrección de Cristo.

ANTONIO GARCÍA-MORENO

A. QUACQUARELLI, *La società cristologica prima di Costantino e i riflessi nelle arti figurative*, Istituto di letteratura cristiana antica, Bari (*"Quaderni di Vetera christianorum"*, 13), 1978, 177 pp., 17 × 24,5.

El profesor Antonio Quacquarelli de la Universidad de Roma nos ofrece en esta obra de síntesis una muestra, muy lograda, de su buen hacer científico.